

EL
LIBRO
DE
SARAH

LA FORTALEZA DEL TIEMPO





quel había sido el día más extraño en la vida de Sarah. Todo había transcurrido con normalidad; un viernes más, como otro cualquiera, con el cansancio acumulado por las clases del instituto y la expectación ante un nuevo fin de semana. *Además, este sábado tenemos sesión de güija*, pensó Sarah, levemente emocionada.

Recogió apresuradamente sus libros y lanzó un seco adiós a sus nuevos compañeros de clase. Había vivido desde que nació en el mismo barrio humilde de las afueras de Londres, hasta que tuvieron que mudarse a una zona mucho más elegante del centro. A su madre la habían ascendido y por cuestiones laborales necesitaba estar cerca de su nuevo lugar de trabajo. A Sarah, aquella promoción no le había gustado nada; de un día para otro tuvo que cambiar de barrio, de amigos y, lo que era peor, de instituto. Y nadie le había consultado nada.

Había mejorado su nivel de vida, cierto, pero se sentía como un bicho raro en aquel instituto que tenía mucha más clase, según su madre. *Más bien es espantosamente pijo*, pensaba ella, que no tenía nada que ver con las chicas que lo frecuentaban. Artificiales, vanidosas, horriblemente vacías. Ellas tampoco parecían nada entusiasmadas con aquella nueva alumna, tan excéntrica, que escuchaba grupos de música góticos y asistía a clases de defensa personal (*debe ser porque en el barrio donde vivía las debía necesitar*, opinaba maliciosamente Jessica Cox, la líder del grupo de *barbies* de su instituto). Aquellas adolescentes rubias y enjoyadas, vestidas a la última con colores pastel, parecían de otro planeta. Sarah, siempre vestida de negro, y como único

adorno aquel antiguo anillo de plata que había heredado de su abuela, se sentía terriblemente ajena e incómoda. En los recreos se refugiaba en las escaleras de la biblioteca para leer. Siempre le había gustado leer. La evasión que le proporcionaba la lectura había sido su salvación en momentos muy duros, como cuando desapareció su padre, y ahora, en aquel colegio hostil.

Añoraba a sus amigos de antes. Y no le estaba resultando sencillo mantener el contacto con ellos. Aquella vieja ciudad era tan enorme que un cambio de barrio podía implicar mover tu centro vital varios kilómetros. Al principio, quedaban cada fin de semana, luego se fueron espaciando los planes conjuntos. Los continuaba viendo algún sábado, pero no era en absoluto lo mismo. *En absoluto.*

Su nueva vida también la había alejado de sus solitarios paseos por el bosque cercano a su antigua casa. Ese bosque había sido testigo de muchos momentos trascendentes de la vida de Sarah. Los paseos con su padre cuando era una niña, cuando él la enseñó a mirar, no solo a ver. *Y no se mira solo con los ojos, Sarisha* –solo su padre la llamaba así, por su verdadero nombre, el resto usaba esa abreviatura que íntimamente odiaba pero a la que ya se había acostumbrado–. *Se mira con la boca y la nariz, y con las manos. Mira ese olor de ropa limpia que tiene el bosque cuando acaba de llover, mira el tacto de terciopelo del musgo y cómo crepitan las hojas en otoño.* En ese bosque su padre le contaba historias fantásticas de magos y elfos, de nigromantes y gigantes. Historias tristes, historias épicas, hermosas, a veces crueles. Historias maravillosas. La profesión de su madre la mantenía alejada de casa hasta altas horas de la noche. Pero su padre siempre estaba allí. Hasta el día en que se fue. Y no volvió. Y Sarah se quedó desolada, como si le hubieran amputado el corazón. Y cuando oía llorar a su madre por las noches, sentía una pena inmensa pero también una ira terrible. *Se fue por tu culpa, porque nunca estabas.* Sarah siguió volviendo al bosque, con sus libros de fantasía, esos pálidos sustitutos de los cuentos de su padre. Siguió mirando el bosque y oliéndolo. Y más tarde, allí fue donde fumó su primer cigarrillo a escondidas con su amiga Theresa, y también donde se dio el primer beso con aquel gilipollas de John y donde... Sarah sacudió enérgicamente la cabeza. Se había quedado ensimismada en la

puerta del instituto. Apresuró el paso, tenía el tiempo justo para ir al Museo Británico antes del toque de queda impuesto por su madre. Esa era la única ventaja de su nuevo barrio. Que podía ir caminando al museo para contemplar la piedra Rosetta una y otra vez; era curiosa la fascinación que sentía desde pequeña por aquella piedra. Todavía recordaba la primera vez que la vio, con apenas cinco años, y cómo se quedó paralizada ante aquel trozo de basalto. Y recordaba también la extraña mirada de su padre ante la piedra. Él también parecía... hechizado.

Cuando pasaba por Shaftesbury Avenue, se detuvo delante de una pequeña tienda de electrónica sin saber muy bien por qué; no tenía ninguna intención especial de comprar nada. Ella quería ir al museo, ¿no? Pero algo la retenía ahí, con la nariz pegada al escaparate. Quizás despertó su curiosidad el hecho de que en el interior hubiera tres policías que hablaban con el dueño de la tienda, visiblemente alterado. De pronto este giró la mirada y, al ver a Sarah, comenzó a gritar:

-¡Ella! ¡Es ella!

Los policías la miraron atónitos y uno de ellos se dirigió rápidamente a la salida.

-¡Ella fue la que robó el móvil y golpeó a mi mujer! -insistió el furibundo vendedor mientras la señalaba.

Sarah no comprendía nada, y su primera e instintiva reacción fue salir corriendo. Uno de los policías le cortó el paso.

-¿Iba a algún sitio, señorita? -preguntó amablemente el agente.

Sarah estaba desconcertada. Nunca había entrado en aquella tienda y mucho menos robado un móvil, entre otras cosas porque su madre le había regalado uno por su cumpleaños.

-¿Le importaría decirnos dónde ha estado esta mañana? -preguntó cortésmente el otro policía.

-En el instituto, por supuesto -respondió Sarah, aturdida, mientras el policía tomaba nota y una multitud de curiosos comenzaba a agolparse en la puerta.

Sarah fue respondiendo de forma automática al resto de las preguntas, mientras el dueño, cuyos gritos histéricos escuchaba de fondo, seguía afirmando que ella era la autora del robo y la agresión.

-¡Es ella, sin la menor duda! -repetía, incansable-. ¡Deténganla ya, no sé a qué esperan! Si ha sido esta misma mañana, le estaba enseñando un Iphone blanco cuando me lo arrebató, se lo guardó en esa mochila y se fue corriendo arrollando a mi mujer cuando intentó detenerla.

Sarah suspiró aliviada cuando escuchó que se trataba de un Iphone. Su móvil era un Samsung Galaxy. Ahora se alegraba de la elección de su madre, y se arrepentía de la mala cara que le puso cuando se lo regaló, ya que ella, secretamente, había deseado un Iphone blanco. *Justamente blanco*, pensó, y la siguiente parte del relato le heló el corazón.

-... Recuerdo perfectamente que llevaba en la mochila un libro antiguo, de color beis con letras rojas. Tengo muy buena memoria para ese tipo de cosas -afirmó el vendedor con pueril orgullo, mientras un policía le cogía, suave pero firmemente, la mochila a Sarah.

-En efecto, señor, aquí hay un libro como el que acaba de describir -dijo el agente mientras Sarah, incrédula, sentía cómo le temblaban las piernas. Se trataba de una antigua edición de principios del siglo XX del *Drácula* de Bram Stoker que había comprado a muy buen precio en un mercadillo y que leía en sus ratos libres cuando iba a Regent's Park.

Desesperada, Sarah miró a su alrededor, buscando una salida. De pronto, entre la gente que permanecía apostada junto a la puerta, vio a Jessica Cox.

-¡Es imposible que haya sido yo! ¡Se estará confundiendo de chica! He estado toda la mañana en clase, pueden preguntarle a Jessica, esa chica de allí, es una compañera de clase -señaló Sarah, triunfante. Todos miraron a Jessica.

-A mí no me metan en líos -dijo, titubeante, la joven-. No conozco de nada a esa loca, y me llamo Esther, no Jessica.

La relación que mantenía con Jessica en el instituto no era precisamente buena pero aquello era demasiado sucio y rastroso incluso para aquella pija de Chelsea.

El dependiente sonrió satisfecho pero uno de los policías señaló a la esquina del techo. Una cámara parpadeaba.

-Veo que tienen sistema de vigilancia, ¿podríamos ver la parte de la cinta correspondiente al robo y así salir de dudas? -sugirió el sargento de policía.

El tendero suspiró impaciente pero accedió. Un grupito compuesto por los policías, la aturdida Sarah y unos cuantos curiosos, se apretó en un cuartucho de la trastienda atiborrado de cajas. El dueño encendió el ordenador y buscó el fragmento del fichero de vídeo hasta encontrar el momento del supuesto robo. Todos miraron con expectación el monitor. Se hizo un silencio sobrecogedor. Aunque la imagen era un poco borrosa, se podía apreciar claramente al vendedor enseñando un Iphone blanco y luego discutir airadamente. Pero estaba solo. *No había nadie más ahí.* Tuvieron que pasar la secuencia tres veces más para conseguir ver algo parecido a una neblina borrosa en el lugar donde debería estar Sarah.

Los clientes comenzaron a comentar sobre la escasa calidad de esos aparatos supuestamente tan modernos.

-El aparato es viejo, pero había funcionado a la perfección hasta el momento -mascullaba el vendedor mientras miraba una vez más la escena.

Sarah, que hasta entonces había permanecido en el umbral, custodiada por uno de los policías que la sujetaba firmemente del brazo, asomó la cabeza por encima del hombro de una airada vieja que olía a naftalina. Cuando vio la grabación se quedó asombrada. El corazón le galopaba furiosamente en el pecho mientras miraba de reojo al frustrado dependiente, que seguía pegado al pequeño monitor. ¿Cómo era posible que nadie se diera cuenta? ¡Se veía perfectamente a la supuesta atracadora! Sí, borrosa, pero era imposible no reconocerla. ¡Se trataba de ella misma!

Tuvo que hacer un enorme esfuerzo de voluntad para no desplomarse. Incluso a alguien como ella, dotada de una imaginación tan febril, le resultaba imposible encontrar una explicación a todo aquello. ¿Se trataba de una broma de cámara oculta? ¿Tenía una desconocida hermana gemela? ¿Que además vestía igual y llevaba una mochila con el mismo libro que ella? Mientras seguía sumida en ese torbellino de alocadas preguntas, se acercó el sargento, que acababa de hablar con la central.

-Señorita, acabo de recibir órdenes directas de comisaría y puede irse. Quedan muchas cosas por explicar, pero no parece haber evidencias en su contra, por no hablar del hecho de que...

Bueno, da igual, el caso es que puede irse –dijo con expresión de que prefería callarse para no complicar más las cosas.

Sarah, que sabía perfectamente lo que acaba de suceder y cómo terminaba la inconclusa frase del sargento, prefirió aprovechar la situación y largarse antes de que se lo pensarán mejor.

–¿Y ya está?! ¿La dejan marchar sin más? –estalló iracundo el vendedor–. Me da igual si sale o no en el puñetero monitor, puede preguntar a cualquiera de los que estaban aquí, ella fue la que robo el móvil.

–No se preocupe, señor, tenemos los datos de la chica y continuaremos investigando –dijo el sargento, mientras Sarah se escabullía apartando la multitud agolpada en la puerta que la miraba con cierto desdén.

Tras vagar sin rumbo fijo por las calles de Londres, intentando encontrar una explicación razonable a lo sucedido, llegó hasta una de las entradas de Regent’s Park. Nada podía igualarse al bosque de su infancia, pero le gustaba ese parque tan ordenado y frondoso, con su gran lago con barcas y las representaciones estivales que se hacían en un teatrillo al aire libre. Todavía aturdida, en su cabeza se entremezclaban las imágenes de aquel mágico parque con el jaleo organizado de la tienda cuando, a lo lejos, divisó una figura familiar. Era Jessica, con dos de sus amigas.

Corrió hacia ella, recordando sus comentarios despectivos sobre su forma de vestir, su sorna cuando descubrieron el pequeño *ankh* tatuado en el hombro derecho –lo pasó incluso peor que cuando tuvo que justificarlo ante su madre– y eso por no hablar de las burlas sobre su costumbre de llevar dos móviles, su Samsung Galaxy y el viejo Nokia que todavía funcionaba y que era un recuerdo de su padre. Lo único que me quedó de mi padre. Sarah apretó los dientes y se lanzó sobre Jessica propinándole un fuerte empujón. La chica, desprevenida, no tuvo tiempo de reaccionar y cayó, despatarrada, sobre el césped.

–¿Pero tú de qué vas? ¿Cómo se te ocurre mentir así? –gritó Sarah, fuera de sí. La humillante postura y las risitas de sus amigas enfurecieron a Jessica.

-¡Estás loca! -replicó Jessica desde el suelo-. Con esas pintas que llevas no me extrañaría que fueras tú la que robó el móvil. ¡Eres una *friki*! ¡Una deshonra para nuestro instituto!

Sarah se abalanzó sobre Jessica y ambas rodaron por la hierba. *La pija esta tiene fuerza*, se admiró Sarah. Pronto se formó un corrillo alrededor de las dos chicas. Dos policías se aprestaron a separarlas.

-¡Eh, eh! -exclamó uno de ellos-. ¡Parad ya o acabaréis haciéndoos daño!

El grupo de personas no tardó en disolverse en el momento en que cada policía sujetó a una chica.

-¿Se puede saber qué pasa? -preguntó uno de los agentes.

-Esa loca me atacó de repente, sin que yo le hiciera nada -respondió Jessica nerviosa y alterada-. ¡Deberían detenerla! ¡Quiero poner una denuncia!

Fue entonces cuando uno de los policías se fijó en Sarah.

-Oye, ¿tú no eres la chica de la tienda de electrónica? -preguntó frunciendo el ceño-. Será mejor que os quedéis las dos aquí un momento.

Los dos policías se apartaron unos metros y comenzaron a hablar entre ellos. Al cabo de unos segundos uno de ellos dijo:

-Muy bien, lo mejor será que las dos nos acompañéis a comisaría para aclarar todo esto. No sé qué ha sucedido aquí pero no es el mejor lugar para discutirlo.

Aquello indignó a Sarah, pero quien no salía de su asombro era Jessica.

-¿Perdón? -dijo bastante molesta-. ¿Se puede saber el motivo por el que me detienen sin leerme siquiera mis derechos? Creo que usted no sabe con quién está hablando.

-Señorita, nadie le ha dicho que esté detenida -puntualizó uno de los policías con tono cansado mientras la conducía hacia el coche patrulla-. Y le recuerdo que fue usted quien hace unos minutos solicitó poner una denuncia por agresión.

Jessica se calló a regañadientes, resignada a compartir coche con su compañera de clase.

No tardaron en llegar a la comisaría y ser conducidas hasta el bullicioso recibidor, atestado de policías, abogados y detenidos.

-Esperad aquí -dijo el policía-. Sed buenas y no hagáis más tonterías.

Fue entonces cuando uno de los agentes del vestíbulo reparó en las dos chicas.

-Hola, Sarah, ¿qué haces por aquí otra vez? ¿De nuevo de visita? -dijo mientras se acercaba hasta ellas.

Jessica no pudo evitar una malévola sonrisa de satisfacción. Estaba claro que aquella no era la primera vez que Sarah visitaba aquel lugar. *Todos los de los suburbios son iguales, unos delincuentes. Y Sarah también.* O no, ya que al cabo de unos instantes el policía le dio un beso en la mejilla a su compañera de clase.

-Espero que hayas sido una buena chica. ¿No te habrás fumado un porro en un lugar público o algo así?-El agente sonreía ante la mirada de pasmo de Jessica-. Podéis pasar, el comisario os está esperando.

Jessica no salía de su asombro, aunque lo que vino a continuación la dejó más perpleja todavía. Entraron en un despacho iluminado únicamente por los rayos del atardecer que se filtraban a través de las contraventanas del gran ventanal que daba a la calle. El despacho era grande e impersonal, un poco polvoriento y repleto de dossiers que atestaban la mesa y las estanterías colindantes. Una mujer de unos cincuenta años de edad, elegante y con el pelo recogido en una larga coleta rubia levantó la mirada hacia la puerta y dijo con tono serio aunque amable:

-Puede irse, Josh, ya sigo yo a partir de aquí.

-Gracias, comisaria Grayson. Y lo siento, no sabía nada de la chica...

-No se preocupe, Josh, hizo lo que debía.

En cuanto el sargento abandonó la sala, la esbelta mujer se acercó a Sarah y la miró severamente:

-¿Se puede saber qué ha hecho esta vez mi querida hija? -A pesar de su sombrío semblante, el tono de su voz delataba una ternura inmensa.

Esta vez sí que Jessica abrió los ojos incrédula. ¿Sarah la hija de la nueva comisaria de policía? Desde luego aquello explicaba que pudiera costearse ir a su mismo colegio y ese punto de rebeldía que exhibía continuamente. La comisaria endureció el gesto y se giró hacia ella.

-¿Se da cuenta de la gravedad que supone acusar a alguien de asalto, señorita...?

-Jessica, Jessica Cox -respondió con voz temblorosa.

-Ya veo -continuó la comisaria Grayson-. Yo tenía entendido que se llamaba Esther.

Jessica se ruborizó, avergonzada.

-Está bien, jovencita, por esta vez olvidaremos lo sucedido y no informaremos a sus padres -añadió mientras le abría la puerta con fría actitud-. Pero le recomiendo que se replantee un poco su actitud frente a la vida y madure un poco.

-G-gracias -respondió a punto de llorar-, así lo haré, señora.

Una vez a solas, la comisaria se quedó mirando a su hija.

-Deberías cambiar de amistades, hija mía, espero que esa tal Jessica no sea un ejemplo de los estudiantes que van a tu instituto. Seguro que hay otras chicas con más clase y...

-¿Ya estás de nuevo con eso? -contestó Sarah aprovechando que su madre sacaba el tema a colación-. Te recuerdo que mis amigos de verdad están en nuestro antiguo barrio, y que gracias a ti apenas los veo.

-Sarah, por favor, otra vez no -dijo Theogina Grayson, cansinamente-. Lo hemos hablado mil veces, debíamos trasladarnos para que pudiera hacerme cargo de este puesto. Era una oportunidad única para poder pagar todas las deudas que teníamos.

-Una oportunidad única para ti -replicó Sarah con toda la acritud de la que era capaz-, porque te recuerdo que no se te ocurrió consultármelo ni una sola vez.

-¡Por el amor de Dios, Sarah! -replicó la comisario exasperada-. Puedes ver a tus amigos siempre que quieras; están a apenas unas paradas de metro.

Se miraron retadoramente. Eran muy parecidas; fuertes y apasionadas. Sarah había heredado de su madre la constitución delgada y atlética y el color claro de la piel. Pero los ojos profundos y oscuros eran de su padre. Esos ojos que hacían estremecer a Theogina cada vez que los miraba. El amor que se profesaban solo era comparable a la irritación que sentía la una por la otra. Por una vez, fue Sarah la que cedió y optó por evitar otra de sus incesantes y estériles disputas. Estaba siendo un mal día y

no le apetecía empeorarlo, así que se despidió fríamente y salió del despacho de su madre. Pasó ante Jessica, que seguía en el recibidor esperando un taxi y que la miró con ojos diferentes, con un leve matiz de respeto. No se conocía a la hija de una comisaria todos los días.

Estaba anocheciendo y soplaba un ligero viento por las tranquilas calles londinenses. Sarah, en lo alto de las escalinatas de la comisaría, se concedió un respiro y, apoyándose en la barandilla de mármol, aspiró profundamente mientras miraba a su alrededor. Fue entonces cuando notó una sensación extraña, como una comezón en la boca del estómago que nunca había sentido antes. Una chica caminaba por el otro lado de la calle. Estaba lejos, y ya había oscurecido, pero sí, aquella joven se parecía extraordinariamente a ella. Y si fuera la que... Tras dudar unos segundos, decidió seguirla para comprobarlo. Iban vestidas prácticamente igual y, además, aquella manera de recogerse el pelo para que no le molestara en la cara... Hasta el pasador era idéntico. Si era una broma, alguien se estaba tomando muchas molestias para llevarla a cabo.

La joven dobló una esquina y Sarah la perdió de vista. Aceleró el paso. Entró en una calle larga, sin ningún cruce. Y sin embargo no había nadie. Absolutamente nadie. Se asomó infructuosamente a un par de portales, incluso miró a través del escaparate de una vieja tienda de antigüedades. Nada. Fuera quien fuera aquella chica, había desaparecido como por arte de magia.

CAPÍTULO 2: NOCHE DE GÜIJA



na de las cosas que Sarah más añoraba de su antiguo barrio era el ambiente familiar y amable que se respiraba en él. Era como un pueblecito dentro de la gran ciudad, con amigos a los que conocía desde la infancia. Además, aquel fin de semana sería especial. Hacía tiempo que Sarah y sus amigos llevaban preparando una sesión de güija en el viejo caserón abandonado de los Carey.

Sarah se levantó temprano, cogió primero el metro y posteriormente un bus que la dejaba prácticamente en la puerta de la casa de su amiga Theresa. Eran apenas las diez de la mañana, *un poco pronto* –pensó–, pero no podía esperar ni un minuto más para contarle todo lo sucedido el día anterior.

Le abrió la puerta la madre de Theresa, algo somnolienta, mientras su amiga bajaba las escaleras alegremente, con ganas de enterarse de los últimos chismes y cotilleos de la gran ciudad y, de paso, desayunar las pastas que siempre le llevaba su amiga.

–Es increíble que no haya en todo este barrio una pastelería tan buena como la que tienes debajo de tu casa –dijo Theresa mientras engullía varias galletas.

Tenía la misma edad que Sarah, habían crecido juntas y hasta ese mismo año habían asistido a la misma escuela. Le gustaba hacer ejercicio y tenía un hermoso cuerpo atlético en cuya espalda lucía el tatuaje de un dragón, que Sarah siempre había envidiado secretamente.

Sarah le relató con detalle lo sucedido el día anterior, pero a medida que avanzaba en la explicación se dio cuenta que aquella historia resultaba increíble. Incluso para la fe ciega de su amiga.

Minutos después, tras intentar encontrar infructuosamente una explicación lógica al misterio, decidieron aparcarlo de momento y salir para reunirse con los chicos en la cafetería Helland, en la plaza central del barrio.

-¿Seguro que estará todo listo? -preguntó escéptica Sarah.

-No te preocupes. El domingo pasado Bill se pateó todo el mercadillo de arriba abajo y dijo que había encontrado una tabla genuina al cien por cien.

Sarah, menos confiada que Theresa, no quería dudar de la habilidad de Bill, pero le conocía demasiado bien y era consciente de que podía presentarse con una güija regalada en una caja de cereales. Sin embargo, aquella vez se equivocó y cuando Bill les enseñó la tabla que había comprado las dos se quedaron perplejas.

-¡No puede ser! -exclamó impresionada Theresa-. ¿De dónde la has sacado?

Sarah también estaba atónita; en la más optimista de sus especulaciones, Bill les traía uno de esos tableros de juguete que Hasbro sacó a la venta hacía años. Pero aquella tabla parecía auténtica... Y antigua, muy antigua.

-Y no sabéis lo mejor -dijo Bill con cara de satisfacción mientras se metía la mano en un bolsillo-. El tablero venía con esta tablilla en punta. ¡No seremos de esos cutres que usan un vaso para moverse por la tabla!

-Vaya, espero estar a la altura esta noche -dijo Theresa emocionada.

Theresa llevaba semanas preparándose para la velada. Se había leído todos los libros esotéricos que habían caído en sus manos. Incluso asistió a un par de decepcionantes sesiones con amigos del barrio.

-Seguro que, como mínimo, nos lo pasaremos bien -dijo Sarah viendo la cara de preocupación de su amiga, mientras pasaba su mano por encima de la tabla-. Por cierto, ¿dónde está John?

-¡Ah, sí, se me olvidaba! -recordó Bill-. Me ha dicho que le disculpemos, no se encontraba bien y no sabe si podrá venir.

-Si no lo conociese tan bien diría que se ha rajado -dijo Sarah con una sonrisa burlona-. Pero seguro que lo hace para no devolverme mi DVD de *Los juegos del hambre*.

Así, entre risas, los tres fueron pasando el día hasta el momento de partir rumbo al viejo caserón abandonado en las afueras del barrio. De camino, sonaron a la vez los dos móviles de Sarah; su madre llamaba al Samsung para comprobar que estaba bien, mientras que John le informaba en el Nokia que tenía anginas y no podría venir. Resultaba hilarante verla intentando hablar a la vez con un teléfono en cada mano. Sarah estaba cansada de las bromitas de sus amigos cuando sucedía una situación así. Tenía que deshacerse de alguno de ellos, pero nunca se decidía por ninguno. *De alguna forma, uno es papá y el otro es mamá*, pensó con el corazón dividido. Sarah le contó sucintamente a Bill la historia del día anterior. Tras la perplejidad inicial, este permaneció en silencio buscando una explicación lógica mientras sus dos amigas cambiaban de tema y comenzaban a hablar del concierto que The Corrs daba en Londres la semana siguiente.

Cuando finalmente llegaron al enorme caserón, los tres enmudecieron, fascinados por la visión aquella vieja y ruinoso casa victoriana iluminada por la luna. Aunque llevaba mucho tiempo abandonada aún quedaban restos del esplendor anterior.

-¿Seguro que no hay nadie dentro, verdad? -preguntó Sarah.

-No te preocupes. John dice que aquí no vive absolutamente nadie desde hace años -la tranquilizó Bill.

-A mí me parece que John se ha escaqueado -comentó sarcásticamente Sarah-. Su voz sonaba estupendamente bien para tener unas horriiiiibles anginas.

-Si hay una casa en toda Inglaterra con pinta de estar habitada por espíritus, sin duda es esa -dijo Theresa. Sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo.

-Bueno, ¿entramos o qué? A este paso amanecerá y aún estaremos aquí afuera -inquirió Sarah, impaciente, mientras comenzaba a trepar por el muro que rodeaba el jardín de la mansión. Bill la siguió, mientras Theresa miraba aprensivamente la solitaria calle, pero no vio una sombra que se agazapó tras el enorme roble que tenían a su espalda y se quedó observándolos. Cuando por fin Theresa saltó ágilmente sobre la grava del jardín, los tres oyeron un ruido. Algo se acercaba, sigilosamente al principio y con estrépito una vez se supo descubierto.

-¡Cómo es posible que nadie se hubiera enterado de esto! -exclamó Theresa al darse cuenta de lo que ocurría.

Bill fue el último en reaccionar, aunque no tardó en seguir a sus compañeras que corrían desesperadamente hacia la casa, huyendo del enorme perrazo que se les echaba encima, ladrando ferozmente.

-Perro que ladra no muerde, perro que ladra no muerde -se repetía Bill, mientras cruzaba a toda velocidad el asilvestrado jardín.

La primera en llegar fue Sarah, que empujó con todas sus fuerzas la puerta de entrada. Esta se atascó al principio pero luego cedió. Segundos más tarde, Theresa atravesaba el umbral, seguida por un jadeante Bill.

-¡Cerrad la puerta, cerrad la puerta! -repetía Bill mientras sus compañeras la atrancaban apoyando un arcón contra ella. El perro empezó a golpear la puerta, sin dejar de ladrar furiosamente.

-¡A nosotros no hay quien nos gane en discreción, sí señor!- ironizó Sarah-. Menos mal que no hay vecinos cerca, o no habríamos dejado ni uno despierto.

Tras recuperar el aliento, los tres se incorporaron y encendieron las linternas.

-No sé si será buena idea hacer la sesión ahora -musitó Bill.

-No creo que haya un mejor sitio o momento para la ceremonia -respondió Theresa excitada mientras curioseaba enfocando con la linterna los polvorientos cuadros de las paredes.

-Estoy de acuerdo -confirmó Sarah-, pero mejor que vayamos al piso de arriba, no sea que el perro logre entrar por alguna ventana rota y nos sorprenda. Desde allí podremos escucharle si se acerca.

-En el peor de los casos podremos saltar por la ventana -suspiró poco convencido Bill.

Tras recorrer un largo y siniestro pasillo, el grupo llegó hasta lo que debió ser el dormitorio principal. Todos los muebles, el robusto armario, la cama, los canapés y las mesillas estaban cubiertos por sábanas, que se movían, fantasmagóricas, por las ráfagas de aire que entraban por los cristales rotos de las ventanas. Una vieja alfombra persa completaba el conjunto.

-¡Este sitio es estupendo! -exclamó Theresa, alborozada-. Es perfecto. Lástima que John no haya podido venir, le habría encantado.

Sarah despegó el tablero sobre la alfombra mientras Theresa encendía algunas velas para quemar plantas aromáticas.

-Menudo olorcito que echan los hierbajos esos -protestó Bill, resignado-, ¿seguro que es imprescindible?

-No seas tan pesado -replicó Theresa, sin interrumpir su trabajo-. Dicen que la conexión funciona mejor así. Hace unos días lo probamos en casa de Mayte y nos salió muy bien. No es que el espíritu dijese gran cosa, pero al menos apareció... creo.

Bill, al igual que Sarah, era bastante incrédulo con todo lo relacionado con los espíritus, pero había aceptado de buen grado sabiendo que se lo pasaría bien en compañía de sus amigos.

-Venga, concentraos y poned las manos sobre la tablilla, que vamos a empezar -dijo Theresa, con tono serio y solemne. Al cabo de unos segundos de silencio, hizo la pregunta de rigor-. ¿Hay alguien ahí?

A pesar de su escepticismo, Sarah y Bill aguardaron expectantes. Theresa repitió la pregunta una segunda y una tercera vez y, justo cuando en los labios de sus amigos empezaba a pintarse una sonrisa burlona, la tablilla se desplazó lentamente hacia el "SÍ" que aparecía escrito a mano en el tablero.

Bill y Sarah se miraron sorprendidos, sin saber si estaba sucediendo algo o, simplemente, su amiga había decidido tomarles el pelo empujando un poco la tablilla. Antes de que pudieran reaccionar, Theresa siguió.

-¿Tienes un mensaje para mí?

La tablilla se movió en esta ocasión hacia el "NO".

-¿Tienes un mensaje para Bill? -continuó.

De nuevo "NO".

-Entonces... ¿tienes un mensaje para Sarah? -dijo dubitativa, preguntándose a qué jugarían si volvía a responder "NO".

Tras unos instantes eternos, la tablilla volvió a recorrer el tablero, en esta ocasión hasta el "SÍ". Sarah enarcó una ceja, sintiendo un retortijón en el estómago. Entonces, sin que Theresa formulara pregunta alguna, la tablilla se fue desplazando de letra en letra componiendo las palabras:

"P-E-L-I-G-R-O", "M-U-N-D-O-S", "P-U-E-R-T-A-S", "F-I-N D-E E-R-A"

-¿Qué narices está pasando, Theresa? -preguntó Sarah algo alterada aprovechando que la tablilla parecía haberse detenido-. Si es una broma no tiene ninguna gracia...

No había acabado la frase cuando la tablilla pareció cobrar vida de nuevo y se movió a toda velocidad, arrastrando las manos de los tres.

“T-E-R-C-E-R-A E-R-A”, “L-I-B-R-O P-E-R-D-I-D-O”, “P-A-D-R-E B-U-S-Q-U-E-D-A”

Al leer la palabra *padre* seguida de *búsqueda*, Sarah sintió que su corazón le daba un vuelvo. Se encaró con Theresa, indignada, pero se dio cuenta de que esta estaba sudando. Había leído la última palabra con los ojos cerrados. Parecía que estuviera en trance.

-N-no es posible -balbuceó Sarah. Y, asumiendo el rol de Theresa, preguntó temblorosa-. ¿Qué quieres? ¿Quién demonios eres...?

Casi al instante volvió a oírse el apagado ruido de la tablilla recorriendo el tablero, esta vez más lentamente. Escribió dos palabras más: “S-A-L-V-A-R-T-Ú”.

-No entiendo nada, todo esto no tiene sentido -repetía Sarah, casi histérica-. ¿Salvar a quién, de quién? Nada tiene lógica

Pasados unos segundos, y sin que nadie formulase ninguna pregunta, la mano de Theresa comenzó a moverse de nuevo, aunque esta vez mucho más lentamente, como si fuera perdiendo fuerza: “2-7-5-4-8-1”...

Y por fin se detuvo por completo. Los ojos de Theresa se abrieron de pronto y se quedaron clavados en la puerta que estaba detrás de Bill y Sarah. En la oscuridad de la noche, y con las velas iluminando a duras penas aquella inmensa habitación, no habían visto cómo una figura vestida completamente de negro se había deslizado sigilosamente hasta ellos.

Sarah, intrigada por la mirada vidriosa de su amiga, se volvió y lanzó un grito que resonó en medio de la quietud de la noche. La figura de negro se abalanzó sobre ella.

Theresa, todavía aturdida, se acercó torpemente hacia su amiga para ayudarla. Bill estalló en carcajadas.

-¡¡Ja, ja, ja!! ¡¿Cómo podéis ser tan ingenuas?! -dijo Bill, llorando de risa-. ¿No veis que es John?

Sarah se dio cuenta que, en efecto, el intruso no era otro que su amigo John. Con el corazón a mil por hora, se zafó de un manotazo del metro ochenta y cinco de su amigo mientras Theresa, enrabiada, comenzaba a propinarle patadas en las nalgas.

-¡Sois unos imbéciles! -exclamó, indignada, Theresa-. ¡Nos habéis dado un susto de muerte!

-¡Eh, que no fue idea mía! -se defendió John-. Se le ocurrió al cachondo de Bill, que me ha tenido fuera, pasando frío, toda la noche. -Afortunadamente para ellos, la pelea no fue a más. Tanto Sarah como Theresa estaban mucho más preocupadas por lo que había sucedido con la güija que por la broma de sus amigos.

-Será mejor que nos marchemos -dijo Theresa que, de pronto, se sentía terriblemente cansada.

Bajaron las escaleras, y tras cerciorarse de que el perro no estaba cerca, pusieron rumbo veloz hacia la calle. Una vez fuera, Sarah empezó a recordar lo sucedido. Theresa no daba crédito; no recordaba prácticamente nada de todo ello.

-Venga, Theresa, no nos vengas ahora con cuentos -insistió Bill-. No me intentes hacer creer que lo de antes no fue más que un numerito de médium en trance, aunque reconozco que estuviste de lo más convincente.

-¡No fue ningún numerito! -replicó Theresa. Le tembló la voz. Estaba al borde del llanto-. Os aseguro que apenas recuerdo lo que sucedió.

-Desde luego, no se os puede dejar solos -afirmó John entre risas mientras ponían rumbo a la pequeña plaza de Saint James.

-No hables muy alto, no me gustaría que tuviéramos más encuentros nocturnos -dijo Theresa, que seguía dándole vueltas al asunto.

-No creo que haya muchos tíos vestidos de negro en este barrio que les apetezca meterse con cuatro desconocidos -replicó Sarah, ya más repuesta de las emociones de la velada-, y menos si uno de ellos es un armario con patas de más de metro ochenta que va al gimnasio tres veces por semana.

-Cuatro -le corrigió John.

Un cuarto de hora más tarde, llegaban hasta la plaza y se sentaban en una terracita a tomar unas copas.

-Sugiero que hoy no hablemos más del tema -propuso John viendo el preocupado semblante de las chicas-, seguro que Sarah tiene muchas cosas que contarnos.

Sarah se estremeció al recordar el día anterior. Estaba cansada de tantos misterios, así que decidió cambiar completamente de tema.

-Una semana de lo más normal. Ayer ni siquiera salí. Tuve un incidente tonto en una tienda de informática y luego me fui directa a casa. ¡Ah! Y el jueves fui a ver una reposición de *Stardust* y vino el propio Neil Gaiman.

-¡Qué suerte! -respondió Theresa, agradeciendo el cambio de tercio-. Me hubiera encantado verle en persona, es un genio.

-No entiendo que haya gente que diga que *Stardust* es una mezcla de *El señor de los anillos* y *Harry Potter* -apuntó John.

-Hombre, hay magia, ¿no? -apuntilló Bill.

-Sí, claro, como en mil libros más -señaló John-. De hecho, como en *Los libros de la magia* de Gaiman, que escribió mucho antes que Rowling sus *Harry Potter*, y donde, qué casualidad, sale un niño idéntico a Harry que, curiosamente, también se inicia en la magia.

Tras algunos sarcásticos comentarios más, John continuó.

-Por cierto, Sarah, ayer bajé al centro y te vi salir del Apollo West End. Como siempre, andabas a toda pastilla y no me dio tiempo a saludarte.

El rostro de Sarah palideció.

-Si se trata de otra broma no tiene ninguna gracia -dijo airada. La sorprendida mirada de John la hizo titubear. En tono más amable añadió- Ya te dije antes que ayer me fui a casa tras lo de la tienda de electrónica.

John estaba molesto por el tono de Sarah.

-Pues tía, ya me explicarás cómo es posible, porque te aseguro que eras tú. Después de 10 años conozco tus andares perfectamente. Además, llevabas el top negro de tirantes que te compramos para tu cumpleaños.

Durante unos segundos, Sarah volvió a sentir que la cabeza le daba vueltas. Efectivamente, su *doble* del día anterior también llevaba un top muy similar al que mencionaba John, lo cual confirmaba que el viernes no había perseguido a ningún fantasma... ¿o sí?

Afortunadamente, cuatro comentarios jocosos de Bill distendieron el ambiente y entre todos lograron reconducir la conversación y remontar la noche, aunque Sarah no pudo dejar de pensar en el asunto durante el resto del fin de semana.